



Editorial a cargo de Rosa M. Soriano-Miras, miembro del Instituto de Migraciones y Profesora Titular del Departamento de Sociología, Universidad de Granada.

La porosidad, la ambivalencia y la complejidad de la situación fronteriza

“Las fronteras que parcelan políticamente la superficie del planeta son algo más que trazos de tinta sobre un mapa: pueden ser descritas como las «cicatrices» que la historia ha ido grabando sobre la piel de la Tierra” Velasco, 2020.

Desde que comenzó el siglo XXI, si bien la gobernanza del norte global está protagonizando, en lo que a tránsito de sujetos se refiere, una política de cierre fronterizo sin precedentes paradójicamente no sucede lo mismo con el tránsito de mercancías y bienes donde nunca se había producido con tanta inmediatez la libre circulación de estos recursos. La adifóra de Bauman (2014) adquiere una significación especial para entender esta paradoja.

Pero ¿cómo se ha estudiado la frontera desde las ciencias sociales? Entre el siglo XIX y primera mitad del S. XX, su estudio estuvo dominado por una comprensión fija y estática. Se asumía que se trataba de una línea de demarcación no problematizada, como algo dado que marcaba el límite físico, cultural y político entre las sociedades modernas que no implicaba mayor discusión. A partir de los años setenta se producen nuevos abordajes que ayudan a comprender las fronteras como un elemento clave en la organización del sistema económico global.

En la actualidad, los estudios de frontera y, sobre todo, los estudios críticos de frontera (*border studies* y *critical border studies*) permiten problematizar la categoría poniendo en el centro del debate las diversas relaciones de poder político, simbólico y social sobre las que se construye el concepto (Rumford, 2006). Este planteamiento ha permitido desterritorializar la frontera. A través de la permeabilidad del territorio se producen encuentros e interacciones de espacios vividos de manera muy singular. Los espacios sociales que caracterizan a la frontera son multi-dimensionales y multi-nivelares; es decir contienen localidades múltiples (Pries, 2016) lo que permite escudriñar las paradojas.

Pasar del estudio de la frontera como estado, al estudio de la frontera como proceso provoca que la frontera se transforma en la herramienta con la que cuentan los Estados y los mercados, para diferenciar y jerarquizar los movimientos de personas, bienes y capitales. Desde finales del pasado siglo se entiende que la frontera no implica un cierre absoluto, sino un ejercicio que transforma la movilidad de personas en política para

decidir cómo, y quiénes pueden efectivamente moverse. De ahí sus características intrínsecas que se pueden resumir en tres: porosidad, ambivalencia y complejidad.

Trabajar y vivir la frontera posibilita sentir el valor de posesión que implica tener un pasaporte rojo, como el de la UE, o azul, como el de EE.UU o Canadá. La posesión del mismo es inherente a la movilidad. Es difícil definir con palabras, los ojos de deseo de aquellas personas a las que no les está permitida la movilidad por vías legales.

Por tanto, resulta más oportuno utilizar el concepto *prácticas de fronterización* que *frontera*. Hablar de prácticas permite analizar como el discurso que legitima el fortalecimiento del régimen de control de la movilidad y el uso de la violencia institucional, paradójicamente combina en su argumentario, la defensa de los derechos de los migrantes, con la seguridad de los nacionales de los países receptores. No obstante, gestionar la migración desde una visión fronteriza es una política pública estéril, pues ignora los efectos que a largo plazo implica construir la inmigración como amenaza.

Este argumentario posibilita que el control fronterizo haya dejado de hacerse exclusivamente en los puntos de cruce fronterizos, al extender la vigilancia a través de todas las rutas migratorias (Finotelli y Sciortino, 2013), penetrando verticalmente los territorios nacionales y dando origen al concepto de fronteras verticales. Este nuevo concepto se ha acuñado con la idea de conceptualizar la realidad que implica que un gran número de población quede atrapada en el camino, haciendo coincidir ruta y frontera provocando la emergencia de Estados tapón, consecuencia directa de la externalización de las fronteras que se practica desde el norte global (Soriano, 2017).

En definitiva, los debates sobre la gestión de la migración a menudo se centran desproporcionadamente en los factores internos, o en la seguridad, ignorando realidades sociales, políticas y económicas que generan grandes desigualdades. Urge analizar los procesos de fronterización dada su complejidad, en tanto en cuanto la frontera se practica, se imagina y se representa, requiriendo de la acción discursiva y performativa para recrearse en el presente. Como proceso, se convierte en un espacio de encuentro y desencuentro, de intersección entre matrices culturales distintas, como lugar de mezclas y negociaciones cotidianas que posibilitan entender y comprender las paradojas y ambivalencias que se producen en un espacio tan vivo.